



PIONEROS DE LA ANTROPOLOGIA EN COLOMBIA: EL PADRE RAFAEL CELEDON

CARLOS ALBERTO URIBE T.

Departamento de Antropología-Universidad de los Andes

El 30 de agosto de 1876 en el pueblecito Kogi de Santa Rosa de la Nevada, el presbítero, el misionero, el protolingüista Rafael Celedón, se inspira y toma la pluma para escribir su oda a "La vida del arhuaco".

“¡Qué sosegadamente
Pasan la vida entre su verde sierra,
Do nunca ha habido guerra,
Estos hijos de Dios, de la corriente
Del arroyuelo al ruido,
Que ora parece canto, ora gemido!

Lentamente abandonan
(Que no les insta la ambición), el ralo
Chinchorro, su regalo,
Cuando lomas y oteros se coronan,
Y ríe la pradera,
De la alborada con la luz primera.

Entonces, ¡ay! entonces
Si supieran oraran ¡pobrecillos!
Ya lo harán sus chiquillos...
Mas al llamarlos el sagrado bronce,
Vuelan al templo santo,
Y oyen la Misa con visible encanto.

Costumbre veneranda
Sepáralos en él: a la derecha
El varón, y quien hecha
Fue del hueso de Adán, a la otra banda.
¡Bendito el misionero
Que introdujo esta práctica el primero!”

Los méritos poéticos de la oda de Celedón pueden resultar dudosos, sobre todo vista a la luz de nuestros modelos estéticos, pero en todo caso ella nos revela facetas interesantes de su autor. La más obvia es quizás la fascinación del presbítero con la belleza incomparable del paisaje de la Sierra Nevada, esa "...excelsa Nevada, / Que

afirma el pie en la espada del Atlante, / Yergue la frente límpida hasta el cielo...”, como nos la describe en una estrofa posterior. Fascinación de la que, por lo demás, tampoco escaparon otros viajeros que como el conde José de Brettes, el geógrafo alemán Wilhelm Sievers, el explorador y naturalista francés Eliseo Reclus y el poeta y novelista colombiano Jorge Isaacs, también recorrieron este peculiar macizo montañoso durante las postrimerías del siglo XIX. Pero Celedón también se maravilló de la inocencia y felicidad envidiables que ve en los “arhuacos” nativos, esas almas en las que el presbítero cifra sus esperanzas cuando sean encaminadas otra vez al rebaño de Dios y se siga la obra misional ya iniciada desde los tiempos de San Luis Beltrán.

Y es que el padre Celedón continuó en el norte de la moderna Colombia esa stirpe de misioneros que desde los albores de la América Española comprendieron que su tarea debía necesariamente apoyarse en un conocimiento doble: de las costumbres de los nativos y de sus lenguas. Algunos prefirieron registrar sus observaciones sobre los modos de vida locales y relatar las gestas de los conquistadores, colonos y misioneros, y se convirtieron entonces en Cronistas. Otros, por su parte, decidieron aprender y capturar por escrito las palabras de los extraños idiomas amerindios, para verter luego los misterios y enseñanzas de la religión importada en los catecismos que debían aprender los nuevos neófitos. Estos últimos fungieron de “lingüistas de la fe”, cuyos descendientes todavía se encuentran entre nosotros. En el padre Celedón confluyeron tanto el cronista como el lingüista.

El padre Celedón ocupaba en el año de 1868 el cargo de Vicario Foráneo de la iglesia de Riohacha, cuando se propuso fundar una misión con sede en esta población: “cerca de cien años habían transcurrido sin que el culto católico se manifestase en las sabanas de la región Guajira y Sierra Nevada; miles de indios denominados Guajiros unos, Arhuacos y Motilones otros, vagaban por aquellas extensas regiones como ovejas sin pastor en la más brutal gentilidad y salvajismo” (Valencia 1924: 1). Poner fin a esta situación fue su propósito, y el de su superior eclesiástico, el obispo de Dibona y Vicario Apostólico de Santa Marta, José Romero. Con los “caballeros más distinguidos de la ciudad”, Celedón constituye el 10. de enero de 1869 la “Junta de la Misión” e inicia inmediatamente un recorrido por el territorio indio de la península para buscar un lugar apropiado en donde comenzar los trabajos de conversión de los nativos. El sitio de “Marauyén”, localizado en el camino que de Riohacha conducía a Maracaibo sobre la banda derecha del río Calancala (o Ranchería), fue elegido como el más apropiado. Establecida la fundación, Celedón no pierde el tiempo y comienza a estudiar la lengua de los guajiros (Archivo Diocesano de Santa Marta, tomo III, fols. 68-82, 1869). Dichos estudios serán la base de su trabajo Gramática, catecismo i vocabulario de la lengua guajira, publicado en París en 1878 como el tomo V de la Colección de Lingüística Americana de la que era editor otro colombiano, Ezequiel Uricoechea. Como veremos más adelante, esta obra de Celedón suscitó años más tarde una agria polémica entre Jorge Isaacs, Miguel Antonio Caro y el propio autor.

De la Guajira salta el diligente sacerdote a la Sierra Nevada y en 1876 lo encontramos reconociendo este último territorio. Su objetivo principal fueron los "arhuacos-köggabas" de la vertiente norte, aunque también visitó a los "guamakás" de los pueblos de Rosario y Marocasa, a los indios de Atánquez y a los "bintukua" de San Sebastián de Rábago —de quienes, al notar su esbeltez, anota socarronamente, "cualquiera diría al verlos que no son de la raza rechoncha de los köggabas". Comentario que pasa por alto en su poética oda al arhuaco:

"Entonces el Arhuaco,
Con ademán gracioso se endereza,
Se estira y despereza;
Y, previo de áurea coca un dulce taco,
Que le agloba el carrillo,
Y del poporo un cáustico sorbillo,
Cual grave Patriarca,
A paso lento y firme se encamina,
Por entre la neblina
Y el eterno verdor de la comarca,
Hacia el arroyo o río,
Do medra, en fértil valle, su plantío.

¡Qué verde, qué risueño!
¡Quién al mirarlo no se hará poeta!"

Los materiales lingüísticos y etnográficos recolectados por Celedón en la Sierra Nevada fueron empleados para la publicación, en 1886, de su Gramática de la lengua Köggaba con vocabularios y catecismos como el tomo X de la misma Colección de Lingüística Americana.

Los trabajos misionales iniciados por el padre Celedón continuaron con muchos problemas y altibajos hasta la década de 1880. En 1886 el obispo Romero de Santa Marta, apoyado por el delegado apostólico en Colombia, monseñor Agnozzi, contacta a los capuchinos de la Provincia de España en solicitud de misioneros para proseguirlos. Seis misioneros capuchinos llegan finalmente a Santa Marta el 7 de enero de 1888 y viajan a Riohacha unos pocos días después. Allí son recibidos por los notables de la población, encabezados por el mismísimo presbítero, quien les transmite su ya larga experiencia. El territorio que les fue asignado por el obispo Romero era muy vasto: toda la península Guajira y los pueblos de San Antonio, Santa Rosa, San Miguel, Marocaso, Rosario, Atánquez, San José y San Sebastián de la Sierra Nevada —los mismos que en 1876 había recorrido Celedón (cf. Valencia 1924: 5-29). Se inaugura así la segunda etapa de presencia de los capuchinos en el norte de Colombia. Ya habían acompañado al Maestro de Campo José Fernando de Mier y Guerra en la "pacificación" de los chimilas de la vertiente occidental de la Sierra Nevada y de las partes planas hacia el sur y el occidente de la antigua Provincia de Santa Marta, durante el siglo XVIII.

En el año de 1884 apareció publicado en la revista Anales de Instrucción Pública el "Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes Provincia de Santa María", cuyo autor, el literato Jorge Isaacs recorrió estas tierras dos años antes como secretario de una fracasada Comisión Científica creada por el Gobierno para continuar con los trabajos de la Comisión Corográfica. El estudio incluye, además de descripciones etnográficas de los aborígenes de la Sierra Nevada, la Guajira y el pie de monte y de largas disquisiciones históricas sobre los orígenes de estos pueblos y sobre la empresa española en América, vocabularios y análisis de las gramáticas de las lenguas "businka" (ika), "guamaka" (wiwa o dumuna), chimila, motilón y guajiro. En su trabajo Isaacs critica las investigaciones lingüísticas del padre Celedón sobre el idioma guajiro, que no le inspiran mucha confianza "tanto porque no fueron hechos en el seno mismo de las tribus que hablan este idioma, cuanto porque durante nuestra permanencia entre ellas tuvimos ocasión de notar muchos errores consignados en esa obra [la Gramática del guajiro publicada por Celedón en 1878]" (Isaacs (1884)1951: 74).

La publicación de Isaacs capturó la atención de Miguel Antonio Caro, años más tarde Presidente de la República, quien escribe una violenta diatriba en contra del poeta titulada "El darwinismo y las misiones" en los tomos XII y XIII del Repertorio Colombiano (1887). Caro ante todo cierra filas alrededor del padre Celedón, a quien defiende no sólo como lingüista sino también como misionero: "el que hace la guerra a la religión es enemigo de la patria", sentencia atronadoramente el señor Caro, Isaacs, nos informa, sólo es un poeta, ni siquiera un novelista de verdad, sin ninguna preparación científica y además carente de "lastre de principios". En el fondo, lo que en verdad molesta a Caro es el anticlericalismo de Isaacs, y su materialismo ("un poeta materialista es una antinomia, un imposible"), en una época en la que se daban agrios debates sobre el papel de la iglesia en la vida nacional. El materialismo al que se refiere Caro es, por supuesto, el darwinismo aceptado por el poeta: "...nosotros, ya que hemos tenido la paciencia de leerle, o de hojearle, no podemos absolutamente tolerar que en los Anales de Instrucción Pública de una nación cristiana, se haya permitido el estampar su adhesión a la teoría de Darwin, precisamente en el punto repugnante de esa teoría, en lo que toca con el Hombre" (Caro en Isaacs 1951: 313).

Pero el señor Caro también era un antisemita. En un pasaje en el que se lamenta del poco éxito de las misiones en la Guajira adelantadas por el obispo Romero y el presbítero Celedón, escribe: "Entretanto los judíos holandeses de Curazao se han adueñado del comercio de Río-Hacha, y con esta llave han monopolizado el de la Guajira, explotando a aquellos indígenas sin llevarles a cambio ningún principio de cultura social. ¡Ojalá que los daños que causan esos despiadados traficantes se redujesen en la corrupción del nativo idioma, único perjuicio que deplora el Sr. Isaacs!". (Caro en Isaacs 1951: 354). En verdad que el volumen de este comercio era bastante considerable: según el mismo padre Celedón, entre 1867 y 1868, el comercio de animales, cueros de chivo, cueros de res, dividivi y brasilete por la aduana de Riohacha

alcanzó un valor de \$ 52.316 y la venta directa de animales en Riohacha y Barrancas llegó a \$ 110.782 (Archivo Diocesano de Santa Marta, tomo III, fols. 68-82, 1869). Ello sin contar con el volumen del contrabando.

Cuando el "Estudio" del señor Isaacs llegó "por una casualidad" a las manos del padre Celedón, el presbítero redactó en 1887 una cuidadosa réplica, también publicada en los Anales de Instrucción Pública. Con un mal disimulado enfado, Celedón se detiene en cada una de las objeciones que su contradictor el poeta presentó a la Gramática de la lengua goajira. Ante la sugerencia de Isaacs de que, para emplear una terminología más cercana, el "trabajo de campo" del padre no llegó hasta la propia "tribu" guajira, éste responde como lo haría un antropólogo de hoy en frente de similar predicamento: "No queremos negar que tenga el señor Isaacs otros motivos para que no le inspiren confianza nuestros trabajos sobre la lengua goajira; pero respecto del que alega, diremos que si no podemos gloriarnos de permanencia entre las tribus, por lo menos las visitábamos con alguna frecuencia durante nueve años, como es público y notorio en la ciudad de Riohacha; y aun cuando no hubiéramos ido ni una sola vez a la Goajira, casi podríamos decir que entonces vivíamos entre las tribus, puesto que diariamente estábamos rodeados de goajiros que venían a visitarnos..." (Celedón en Isaacs 1951: 366).

La edición original de 1886 de la Gramática de la lengua köggaba, de otro lado, consta de varias partes. El texto que en el presente número del Boletín del Museo del Oro se reproduce corresponde a la introducción (pp. iii-xxx del original), a la que sigue la "oda", de la que se han extraído las estrofas incluidas en el presente artículo. Las otras secciones cubren la gramática de la lengua, un "catecismo histórico" en "koggaba" y castellano, un "catecismo dogmático" también en estos dos idiomas, y un vocabulario castellano-köggaba.

El padre Celedón escribió la introducción a su Gramática köggaba siete años después de que anduviera por la Sierra Nevada. Buena parte de ella, indudablemente, está basada en sus memorias y anotaciones de su rápido recorrido por la región y no muestran que el autor hubiese profundizado en la vida, costumbres y creencias de los habitantes nativos, a juzgar por las numerosas imprecisiones y superficialidades que contiene. En particular, resalta el uso ligero de la noción de la "tribu" arhuaca que para él es la suma de los köggaba, bintukua, indios de Marocaso y el Rosario y los atanqueros, todos con lenguas más o menos afines, excepto el köggaba y el bintukua, que fuera de su sistema de numeración no se parecen entre sí. En cambio, el guamaka y el atanquero contienen bastantes semejanzas entre ellos, lo mismo que los idiomas köggaba y guamaka, las cuales son atribuibles según Celedón, "al frecuente contacto entre los indios que las hablan". Vale anotar, sin embargo, que las imprecisiones del presbítero son bien entendibles. Todavía hoy muchos usan el término "arhuaco" como un gentilicio para denominar a todos los aborígenes de la Sierra —no obstante que los ika, o bintukua de Celedón son más conocidos con este nombre. De otro lado, la cuestión de las afinidades étnicas entre estos grupos está muy ligada a la cuestión de las afinidades lingüísticas

entre sus lenguas, hecho éste del cual fue consciente el presbítero. En la actualidad, cien años después de publicada la Gramática köggaba, apenas los lingüistas están en posición de postular parentescos entre las lenguas habladas en la Sierra con base en una mejor comprensión de sus estructuras gramaticales. Según Jon Landaburu, quien lleva años trabajando el problema, el kankuama ("atanquero") y el ika, bastante relacionados, estarían en un extremo de un rango de variación escalonada, el kogi en el otro, con el dumuna (o wiwa) en una posición intermedia, todos ellos compartiendo muchos rasgos estructurales (Landaburu: comunicación personal).

En síntesis final, no cabe ninguna duda que las investigaciones del presbítero Rafael Celedón entre los indígenas del norte colombiano representan una fuente de consulta obligada para aquellos interesados en la antropología y en la lingüística de estos pueblos. No obstante la inocencia y felicidad paradisiacas con las que el misionero idealizó la vida del "arhuaco".

“Y así que de su frente
 Brota y corre sudor, ¡ay! que en legado
 Nos vino del pecado,
 Y que en legado irá de gente en gente;
 El poporeo instaura,
 Mientras le enjuga con su aliento el aura.

O váse a la cascada,
 Que con su ruido al dar de roca en roca.
 Al baño le provoca;
 Y en la corriente rauda y plateada,
 O en el azul remanso,
 Se tiende a disfrutar fresco y descanso.

¡Qué alegre, qué festivo,
 Rebozándole el gozo por defuera,
 Retorna al que le espera
 Plácido hogar! ‘Oh Yali, ved cuál vivo’,
 Paréceme que dice;
 ‘Ved, ¡qué libre de afán! y soy felice’ ”.

Introducción
A la gramática de la lengua köggaba
por el Pbro. Rafael Celedón

LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

“Absolutamente aislada de las cadenas andinas por una semicintura de aluviones, y limitada de resto por el mar de las Antillas, la Sierra Nevada de Santa Marta, dice M. Onésimo Reclus, no cubre siquiera la extensión de un departamento francés de los medianos; y sin embargo sus picos helados suben a casi 6,000 metros y tal vez pasan de esa formidable altura. Ningún sólido del globo tan elevado en proporción a la superficie de su pedestal; ninguno, mirado de la base, tan grandioso”.

Aislada de los Andes, si bien casi que los toca por el este (pues la Cuesta de Soldado, su extremo oriental, apenas distará dos miriámetros del ramal Andino que va á terminar en la península Goajira), la Sierra Nevada forma por su base una especie de triángulo isósceles, cuyo vértice —La Punta de la Aguja, al norte y dentro el mar— dista como quince miriámetros de los extremos de la base del triángulo que son, por el este la Cuesta de Soldado, y por el sud el Alto de las Minas. Casi en el centro de ese triángulo se levanta, entre otros, el Pico de la Horqueta, acaso á mas de 6,000 metros. En torno á ese Atalaya que anuncia desde lejos al viajero de Ultramar la proximidad de la tierra Colombiana, se asientan varias poblaciones mas ó menos distantes de las faldas del gigante. Mencionaremos á Santa Marta, Riohacha y la Ciénaga que son las principales y que respectivamente están mas ó menos próximas de los tres extremos ya nombrados; también á la Ciénaga, Dibulla y San Juan de Cesar, que ocupando los lados del triángulo, son como las puertas por donde se entra á aquel Edén, perdido hasta ahora para la inmigración, cuando pudiera ser su Tierra Prometida.

Si partiendo de Dibulla, á orillas del mar y del río á que dá ó de que toma nombre, entramos á la casi inexplorada Sierra, nos encontramos con Quebrada Andrea, en donde fracasó la colonia de Sainte Solange acometida por Mr. J. Elias Gauguet. Detengámonos un momento para derramar una lágrima del corazón, una plegaria, sobre las tumbas de Mr. Santiago Gauguet y tres de sus amados hijos, víctimas uno en pos de otro de la fiebre; y luégo investiguemos los motivos que dieron en tierra con aquel primer ensayo de colonia que tantos bienes prometía, para quien lo acometió y para el país. En primer lugar, desconocidas para Mr. Gauguet y para los mismos habitantes del país, las condiciones climatéricas de las diferentes alturas de la Sierra, y halagado con la idea de la proximidad de Dibulla para proveerse de lo necesario, escogió una localidad poco á propósito para iniciar los trabajos de su colonia; porque es un estrecho pliegue de terreno casi al pie de la Sierra, expuesto á la variedad de insectos que pululan en la parte baja de ella, y no á cubierto de la influencia de los vientos del mar, tan deletérea para el Europeo no aclimatado. Agréguese á esto varias circunstancias, independientes de la voluntad de

Mr. Gauguet, que le impidieron su pronto regreso de Europa, para precaver á sus colonos de aquellas causas de mortificación y muerte, con solo haberlos trasladado á San Antonio por una temporada, en donde hubieran podido producir entretanto alguna cosecha de papas, maiz y otros vegetales para el sustento, con poco gasto de tiempo y de dinero; y luego haber bajado á hacer los trabajos formales, no ya en Quebrada Andrea, sino en Santa Clara ó la Cuchilla, que son terrenos á considerable altura, casi libres de plaga, y extensos, llanos y muy fértiles. No dudamos que la constancia de Mr. Gauguet, probada en más de una ardua empresa (como puede verse en su biografía que traducida del francés hemos publicado en la "Caridad" de Bogotá), se sobrepondrá á este primer revés; y cobrando con la experiencia nuevo aliento, llevará á cabo su proyecto de colonia en la Nevada, seguido siquiera de un puñado de padres de familias honrados y laboriosos que nos vengan á enseñar prácticamente como puede extraerse en abundancia, de nuestro terreno virgen y fecundo, el oro de las mieses.

Hemos nombrado á San Antonio. Es éste el primer pueblo que se encuentra al subir á la Nevada por el norte. No se crea que de Sainte Solange á San Antonio se llega de un salto, como lo hemos hecho con el pensamiento, sino en miles, y con grave peligro de irse falda abajo. Sólo en aquellas mulas serranas, que revelan entendimiento más que instinto, pudiera uno salir ileso de entre tantos repechos, laderas, lajas, tragaderos que, gracias á la constante lluvia, se conservan en perfecto estado para resbalar. Con todo, la suavidad y frescura del ambiente, la variedad de flores que enguirnaldan el camino, la corpulencia de las árboles, cuyas ramas se entretujan por encima del viajero formando arcos triunfales ó denso palio de verdura que apenas uno ú otro rayo de sol alcanza á penetrar; la belleza en fin, de los innumerables ríos y arroyos que forman con su ruido, ya tenue, ya violento, un concierto encantador, todo esto hace que se soporte lo malo de lo hecho por el hombre (aquel como camino), y que se sienta corto el tiempo que requiere el largo viaje.

Reclinado en una de las risueñas faldas del Chirúa y teniendo en frente al ceñudo Nanú, cerro que por su forma trae á la memoria las pirámides de Egipto, el pueblo de San Antonio se eleva á 3,700' pies sobre el nivel del mar, con una temperatura primaveral en todo tiempo y una población como de 150 indígenas y algunas docenas de civilizados, mal acomodados en algunas treinta ó cuarenta casitas, varias de ellas de forma circular. En medio del pueblo está la iglesia, en frente de ésta la casa del gobierno, y entre una y otra plantada la tradicional Cruz de la Misión en medio de la plaza, como pidiendo un misionero! La casa del gobierno además de servir para el despacho del Corregidor, hace de escuela, á la que asisten una ó dos docenas de indiecitos, de los cuales hay algunos que saben leer, escribir y contar medianamente, y también rezar, gracias á la disyuntiva en que se encerraron sus padres cuando el gobierno estableció la escuela, y supieron que en ella no había de enseñarse Religión: "O aprenden rezo y letras nuestros hijos, dijeron, ó no aprenden nada; porque letras sin rezo, Arhuaco para qué".

Frente á San Antonio y casi sin mas separación que la del río, se encuentra Pueblo Viejo, que antes fué pueblo ciertamente; pero que ahora es una posesión rural que podemos llamar Quinta-modelo. Es un pequeño valle encerrado entre el río y una colina, dividido en dos tramos, uno para agricultura y otro para cría. Aquél está perfectamente cultivado de plátano, hortalizas, plantas medicinales, flores y caña. En lugar conveniente está el trapiche con sus correspondientes enseres para la molienda. Esta se hace al lento paso de los bueyes ⁽¹⁾; pero no por eso deja de rendir mucho, debido á lo concreto del jugo que dan las cañas de la Sierra. A veinte ó treinta pasos fuera de la labranza está la casa de habitación; y al rededor de ella se ven pastando dulce grama cuatro ó seis becerros; picando las gallinas con sus parvas de polluelos; armando alas y cola los pavos con orgullo; y en el perenne manantial que brota del pie de la colina, aleteando y bañándose los patos; y más abajo, en las pocetas, epicúreamente tendidas las marrañas, mientras se divierte hozando ó retozando la piara de lechones. Ni falta allí el caballo; que á la sombra de un guayabo se ve el de silla despuntando el cogollo de la caña cortada para la molienda. ¿Y dentro de la casa? Se ve á sus dueños, —una anciana y una joven—, y casi siempre á más de un huésped; por que las puertas de ese hogar, en donde alberga la virtud, están siempre abiertas para acoger al peregrino. Aquellas dos mujeres, madre é hija, han hecho con sus propias manos manejando la pala y el machete, casi todo el trabajo que se ve allí al parecer de manos de hombre. Lo que han hecho estas laboriosas mujeres en la Nevada, da una idea de lo que podrían hacer hombres laboriosos en aquella tierra de bendición que convida á trabajar.

A partir de Pueblo Viejo, y á tres horas de andar, á manera de las olas, en un continuo sube y baja, se divisan como una bandada de torcazas, sobre un pequeño y verde llano rodeado de altos cerros, las bien alineadas casas del pueblecito Santa Rosa. Todas ellas son de un mismo porte y forma, con excepción de la iglesia que sobresale con su graciosa torre, dejando ver por debajo de su parduzco techo, la blancura de sus muros. Este pueblo, al norte de San Antonio y elevado á 3,500 pies, fue fundado en 1875 por las indígenas de Palomino, cansados de sufrir la presión que sobre ellos ejercían las autoridades de San Miguel, de donde eran vecinos. No alcanzaban á ser veinticinco padres de familias, y no obstante no haber cura, y tener que hacer sus casas, fabricaron la iglesia y reunieron quinientos pesos en dinero con que se compraron los diferentes objetos necesarios para el culto, entre otros, la imagen de la primera Santa Americana que les sirve de Patrona, cuya primera festividad me tocó en suerte celebrar. Justo es consignar aquí el nombre de Narciso Nolibita que, al frente de aquel pequeño número de indígenas, y con una energía de voluntad adecuada á la ardua empresa, la llevó á cabo en poco tiempo. De los labios de este noble indígena recogí los primeros elementos de la lengua que sirve de materia á este imperfecto ensayo.

De Santa Rosa á San Miguel que está al oeste y formando triángulo con aquel pueblo y San Antonio, habrá cuatro ó cinco horas de camino; pero ascendiendo siempre hasta llegar á la altura de 5,700 pies, después de haber pasado por el caserío de Santa Cruz, rodeado de

(1) Por lo que hace á alturas, nos referimos á Mr. Simons, naturalista inglés.

plantaciones de caña con sus respectivos trapiches que alborotan los ecos de aquella soledad con sus lastimeros quejidos, gracias á lo mal ajustado de sus piezas. Aquí nos detuvimos un momento para dar oídos á un indiecito que se nos acercó diciéndonos llorosos: “Mi mama se va á ahorcar” — “Vamos á su casa para evitarlo”, le respondimos, y ya en ella nos informó la india de lo que había pasado. El día anterior, estando ella con su hijo recién nacido en los brazos, cayó un rayo, y notó que inmediatamente se le quedó dormido el niño: acomodólo en el chinchorro hasta la mañana siguiente que lo encontró muerto con muchas pintitas negras en el cuerpo, por lo que creía que lo habían matado las cucarachas; y como su marido, que estaba ausente, era de recia condición, temía que al regreso la matara por su descuido, y antes que esto sucediera había resuelto ahorcarse. Hicele comprender lo malo de su intento; que ahorcándose no iría al cielo sino á parar á los infiernos para ser atormentada por el diablo eternamente; que la muerte de su hijo la había causado el rayo y no las cucarachas; que se conformara con la voluntad de Dios que le había quitado á su hijo para llevarlo al cielo; y por fin, que yo dejaría encargado á Barliza, padre de su esposo, para que le explicara el acontecimiento en que ella no había tenido culpa alguna. Tranquilizada con estas reflexiones, ofreció no suicidarse.

Hablando de los habitantes de esta Sierra dice D. José Nicolás de la Rosa en su Floresta: “Tienen estos indios por muerte honrosa ahorcarse, y para hacerlo no necesitan de otro motivo que perder la esperanza de sanidad el que se halla enfermo; y el modo de ahorcarse el Aurohuaco es particular, pues no se cuelga, sino que puesto al cuello un dogal delgado, tomado por el seno, se sienta en una piedra, y luego ata las dos puntas, una á cada pie, y haciendo igualmente fuerza con ellos, aprieta el lazo, y consigue la muerte por sus pies, como algunos entre nosotros por sus manos. Y si el indio enfermo, ó la india, no tuvo valor para ahorcarse, y le consideran los demás sin esperanzas de vida; luego que está inmóvil, ó en agonía, lo entierran semivivo, para que vaya á descansar; porque instruidos del demonio, tienen creído que pasa luego que muere á sentarse al nacimiento del sol, y así no dicen ellos: “*Ya fulano murió sino ya caminó, esto es, ya fué á sentarse al oriente*”.

Colocado San Miguel en el estrecho recodo de una loma, frente á un majestuoso cerro que le oculta el sol hasta las nueve de la mañana (como se lo oculta desde las cuatro, por la tarde, la loma en cuya falda se reclina), carece este pueblo de bellas perspectivas. Mucha lluvia, sol muy rara vez, luna casi nunca, estrellas menos, neblina casi siempre, y una abundancia de alacranes tal, que raro será el vecino ó transeunte que no les deba algún recuerdo doloroso; he aquí lo que hace que, hoy por hoy, no haya en San Miguel un solo civilizado de vecino. Entre los 150 indígenas, poco más o menos, que habitan este pueblo, sobresale por su edad y su saber el célebre *Fiscal*, cuyo nombre de pila se ha hecho innecesario con aquel dictado antonomástico. El *Fiscal* sabe ayudar a misa, y para ayudarla se despoja del ordinario vestido, se calza unos antiquísimos zapatos que, según dice él, fueron regalo de un Prelado, y se ajusta á las espaldas una especie de casaca, coetánea

probablemente del calzado, sobre la cual tiende la poblada melena que, hasta la fecha en que la vimos, no acusaba vejez con una cana. Deseoso el Fiscal de aumentar sus conocimientos hizo ex profeso un viaje á Santa Marta, en donde aprendió ¡quién lo creyera! á no contarle él mismo! á pesar, en peso de cruz, arroz y otras menudencias y á medir aceite, con pesa y medida que trajo de su largo y laborioso viaje.

Los tres pueblos que hemos mencionado encierran la población indígena que ocupa la banda septentrional de la Nevada. Estos los Köggabas que hablan la lengua, materia de este libro. Estos, en nuestro concepto, los mas antiguos habitantes de toda la Nevada, de los cuales se originan los que habitan en la banda austro-oriental. Por lo que hace á la antigüedad de los tres pueblos, sabemos que Santa Rosa apenas cuenta de existencia lo que va de 1875 para acá; que á San Miguel lo formaron en el siglo pasado los indígenas que habitaban en el pueblo de San Pedro, que fué donde hoy se llama Pueblo Viejo de que hace poco hemos hablado. Esta es tradición conservada entre los indios, y la atestigua la imagen de San Pedro que se conserva en la iglesia de San Miguel al lado de la de este Santo Arcángel. ¿Y cómo la atestigua? Con su presencia en la iglesia de un pueblo en donde no es Patrono. Obsérvase que en cada iglesia de la Sierra no hay sino la imagen del Patrono; la de San Pedro está en la iglesia de San Miguel sin ser Patrono; luego lo fué de otro pueblo, pero de otro pueblo habitado por los ascendientes de quienes la han conservado en su iglesia al lado del Patrono. Dedúcese además que el pueblo de San Miguel no es anterior á 1741 por que en ese año escribió su Floresta D. José Nicolás de la Rosa, y en ella, hablando de las parroquias dependientes de Río hacha, dice: "La parroquia del pueblo de San Pedro, en la Sierra Nevada, de nación Aurohuacos;" y en seguida: "La parroquia del pueblo de San Antonio del Yucal, en la misma Sierra", sin que nombre allí ni en otra parte á San Miguel; por lo tanto no existía este pueblo en la fecha que hemos mencionado.

Que los Köggabas fueron los primeros moradores de la Nevada se deduce de la prioridad de origen que á éstos conceden los demás indígenas de los pueblos de que aun no hemos hablado, y de datos que hemos recogido de los labios de Don Felix Daza, indígena que habita en *Sulibata*, y que es el *Mama* principal, ó como si dijéramos, el Pontífice Máximo de toda la Nevada. Según él, todos los indígenas traen su origen de cuatro familias que habitaron en cuatro diferentes lugares de la Sierra y entre quienes pone cuatro personajes que son: *Seraëra*, conocedor de plantas, es decir, naturalista, quien habitó en Chirúa con la familia Zallabata; *Dejanamoró*, capitán ó militar, radicado en Makotama, con la familia Nolabita; *San Luis Beltrán* que habitó en donde hoy es San Miguel con los ascendientes del informante Mama, y *Parterno*, sacristán, que vivió en Takina, entre la familia Nakaogui. Antes hemos visto que Chirúa es un cerro cerca de San Antonio; y cuanto á Takina y Makotama (11,000 pies) son dos lugares de descanso entre San Miguel y la perpetua nieve. Que San Luis Beltrán estuvo en el lugar que hoy ocupa San Miguel lo prueba la cueva que hay allí con nombre de aquel santo misionero, en donde dicen se retiraba á orar. Es una gran piedra que, arqueada por debajo,

se asienta sobre otra piedra plana que le sirve de pavimento. Puede la cueva dar cabida á más de veinticinco personas con holgura. Allí cada viajero que la visita deja alguna inscripción como recuerdo. Al lado de la cueva corre un bellissimo arroyuelo que desciende por una inmensa laja donde dicen están estampadas las huellas de San Luis, pero no son sino pequeños huecos formados talvez por pedrezuelas que encontrarían obstáculo para seguir rodando á impulso de la corriente. Cuanto á Seraéra, Dejanamoró y Parterno, debieron de ser españoles cuyos nombres han perdido su verdadera pronunciación en boca de los indígenas. Estos mismos nombres que hemos escrito con ere, porque el Mama de quien los hemos oído habla en Guamaka (lengua que tiene aquel sonido,) serían *Sellaëlla*, *Dehanamolló* y *Paltelno* en los labios de un Kögga que no tiene en su idioma aquella letra como inicial de sílaba, ni puede siquiera pronunciarla.

Aunque en la Sierra Nevada se hablan cuatro lenguas diferentes, basta conocer un pueblo para conocerlos todos por lo que hace á tipo, hábitos y costumbres. El Arhuaco (que tal es el nombre genérico que damos á todos los indígenas de la Nevada), es por lo regular pequeño, y aunque casi nunca obeso, regordete; de facciones toscas, ojos negros y un tanto oblicuos tirando á los del chino; tez del color de la cáscara del nispero, pelo liso y largo, tendido por la espalda; escasa barba en los que llegan á tenerla; repantigado y de andar pausado y con cierto contoneo que le da un airecillo entre señorial y afinado. Viste calzón y una túnica, especie de dalmática, tegidos de algodón por él mismo; y colgadas de los hombros, cruzando espalda y pecho, cuando menos dos mochilas de variados colores, tegidas por la esposa, en donde guarda el hayo, el ambiro y el poporo que le sirven para entretenerse en la mayor parte del tiempo y para saludar cuando encuentra algún amigo. Consiste el mutuo saludo en franquear las mochilas para que el saludado tome un puñado de hayo, y de ambiro una dedada, haciendo él á su vez la misma ceremonia.

La mujer es pequeña, regularmente desairada, no tanto por las gracias que le ha negado la naturaleza, sino por lo ridículo del vestido. Es éste una estrecha manta que la aforra de los hombros á la pantorrilla, ceñida á la cintura por una gruesa y ancha faja, cuyos cordones con borlas le cuelgan hasta las rodillas. Al contrario del repantigado arhuaco, la mujer anda siempre inclinada hácia adelante, gracias al peso de la mochila que, colgada de la cabeza, gravita constantemente sobre sus espaldas, llena de frutos de la roza en las de la soltera; y en las de la casada, con el fruto de su vientre, pues cargan á sus hijos á la espalda enmochilados.

Cada familia habita en doble casa, una en frente de otra, con una piedra grande en medio, que sirve como de línea divisoria entre la habitación del hombre y la de la mujer, y al mismo tiempo para sustentar la totuma que con la comida pone allí la esposa para que la tome su marido; pues ni éste puede recibir nada de aquella, ni ésta de aquél sino pasando la cosa por el suelo. Esta separación de los sexos se observa también en la iglesia y en los bailes: en aquella se colocan los varones al lado del Evangelio y las mujeres al opuesto ó de la Epístola: en los bailes de hombres, van estos en círculo tomados de las manos,

batiendo con los pies a un lado y otro, al són de dos monótonos carrizos (uno *macho* y otro *hembra*, éste que hace el primo, aquél el dúo), y al compás de la *maraca* que gira sin cesar en la diestra del músico que modula el macho. Indefinible es la impresión que produce en el alma la suave y concertada voz de aquellos rústicos instrumentos en la noche, y más si está lloviendo: no es tristeza ni alegría, sino un algo de una y otra que si tiene nombre lo ignoramos. En el baile de mujeres anda cada una suelta y por su lado, dando saltitos admirablemente desairados, al són de un tamboril que va tocando la mas vieja, al propio tiempo que, como las otras, baila y canta. De vez en cuando, y á manera de cometa sin órbita segura, se presenta un bailaror *sui generis*, que marchando á paso redoblado y al són del tambor que él mismo va tocando, ora rompe acá la rueda de los hombres, ora pasa allá atropellando á las mujeres, y sigue imperturbable su derrota con estóica gravedad, para volver mas tarde, cuando menos se le espere, á reproducir la ruptura y dispersión en los dos campos.

Tienen los hombres otro baile que efectúan en ciertos tiempos, principalmente en la nueva luna de Enero, en una casa redonda fuera de la población. Casa y baile llevan un mismo nombre, tanto en Castellano como en Köggaba: en éste se llaman *Nuchei*, y en castellano, no sé por qué, *Cansamaria*. Para este baile, que es una de sus mayores y mas arraigadas supersticiones, tienen vestidos á propósito: birretes emplumados, máscaras y adornos de oro y cornerinas. Antiguamente los Mamas se horadaban las narices para colgarse en ellas pesadas narigueras de oro. Hasta hace poco conservé una que pesaba siete castellanos, y tan admirablemente conservada, que no ha perdido una sola de las delgadísimas patitas de los sapos y aves acuáticas que le adornan la parte superior.

En ciertos días, y principalmente cuando tienen que tratar algún asunto grave, se reúnen los hombres en cabildo por la noche, sea en la casa del Mama, sea en la de algún indio importante, y allí, con los pies casi metidos en la hoguera que hay en medio, y reclinado el Mama en su chinchorro, se pasan toda la noche chupando poporo y conversando. Lllaman *duláshi* á esta conversación nocturna, á diferencia de la del día que lleva el nombre de *Zokuáshi*. Los Mamas son ciertos individuos que no han probado sal en toda su vida y que hacen á la vez de sacerdotes y de médicos. Como Esculapios efectúan sus curaciones majando cuentas de vidrio y pedrezuelas cuyo polvo envuelven en hojas de mazorca, ó bien inspeccionando á solas, lejos del enfermo y con científica gravedad, bien una cornerina, bien un pedazo de cristal que, echado en el fondo de una totuma llena de agua, ha de diagnosticar, según parece, y sugerir al Mama lo que ha de recetar. Pero no solo cura; que también suele enfermar, pues con su ciencia puede introducir (valga su dicho) en las entrañas de cualquier prójimo á quien quiere perjudicar, arañas, ranas, lagartijas, y también hacérselas echar. Hubo ahora años un Mama que pretendía sangrar desde cualquier distancia á una persona ausente con solo chuparse su propio brazo en el lagarto. ¡Admirable sanguijuela! En su carácter de ministro, el Mama rebautiza, recasa y oye en confesión. Digo rebautiza y recasa, porque luego que es bautizado algún niño según los ritos de la iglesia, lo llevan al río,

y allí lo lava el Mama, no sé si para quitarle el bautismo ó para complementarlo; y después de efectuado un matrimonio, toca al Mama unir de nuevo á los consortes. Difícil sería averiguar si estas prácticas supersticiosas sean una sacrílega imitación de los Santos Sacramentos, ó si hayan sido anteriores á la introducción del cristianismo en la Nevada.

Entre todos los Mamas tiene la preeminencia el que reside en Sulibaka, y que hoy se llama como se llamó su padrino (inclusive el nobiliario Don), Don Félix Daza. Este es, como hemos dicho antes, una especie de Pontífice Máximo á quien hay obligación de visitar de tiempo en tiempo, llevándole ofrendas de pescado, carne, papas y otros comestibles, y con quien hay que hacer confesión general cuando las circunstancias lo permiten.

El Arhuaco es naturalmente religioso, pero la falta de misioneros hace que esa laudable inclinación degenera en una superstición que se extiende á todos los actos de su vida. Hoy existen en la Nevada siete pueblos con iglesias y sólo hay un sacerdote, el cura del Rosario. ¿Y por qué no hay sino uno? Porque hay muy pocos sacerdotes en la Diócesis de Santa Marta; tán pocos, que no alcanzan para las parroquias de civilizados. Hay pocos que quieran ordenarse, y de estos pocos los más no tienen como hacer frente á sus indispensables gastos para entrar en el incipiente Seminario Conciliar; y éste, pobre también, no puede sostener sino un reducido número de ordenandos con sus escasos fondos. Un medio fácil se ofrece para que dentro de algunos años haya misioneros tanto en la Nevada como en la Goajira: que el Gobierno Nacional, á cuyo cargo están ambos territorios, diera oídos al Memorial que le ha elevado el Illmo Señor Obispo de Santa Marta, Dr. José Romero, en el cual se le propone que costee en el Seminario á algunos jóvenes indígenas de la Goajira y la Nevada. Estos saldrían ó sacerdotes misioneros, si vocación tuvieran para ello, ó siquiera hombres instruidos y religiosos que pudieran difundir en sus respectivos territorios las luces que hubieran adquirido ⁽²⁾.

Ya que hemos nombrado al Goajiro y al Arhuaco no estará de más un ligero paralelo entre esas dos razas de indígenas que ocupan las dos mas bellas porciones del Estado del Magdalena. El Goajiro, vestido á la lijera de la cintura á la rodilla con vistosa manta y faja, tejidas por las manos de su esposa, y con una á manera de corona —la *Tekiára*— adornada de plumas, colmillos de caimán y uñas de fieras en la frente, es nómada y pastor en sus abiertas pampas. El Arhuaco, pesadamente vestido cual se ha dicho, y con su sombrero de alta copa y ala grande, tejido por él mismo, es sedentario y agricultor entre los verdes pliegues de sus excelsos montes: ambos con una buena dosis de indolencia para lo que es trabajo; pero indómito aquél, y tan amigo de su libertad é independencia, que hasta ahora no ha doblado la cerviz ante el yugo de la ley; mientras que el Arhuaco es sumiso hasta la abyección, y amigo de la paz á toda costa. En la Goajira no falta nunca alguna guerra entre las *parcialidades*; y nunca, jamás ha habido guerra en la Nevada. Rara vez se verá al Goajiro sin sus armas en la mano, símbolo de su carácter belicoso; y mas rara, si cabe, las manos del Arhuaco sin que estén manejando, con un dejo y donaire para vistos, el

(2) El Gobierno Nacional ha dado oídos á la petición y hace ya dos años que costea en el Seminario la escuela de indígenas, formada de un joven Goajiro y cuatro Arhuacos.

pujillo del poporo, que simboliza su indole pacífica. En cambio es proverbial lo hospitalario del Goajiro, y no menos proverbial lo inhospitalario del Arhuaco. Cobarde éste y valeroso aquél, cuando llegan á encontrarse se estremecen ambos, no de amor sino de miedo: tiembla el Köggaba á la vista de aquel carcax repleto de emponzoñadas *rayas*; y el Goajiro al ver aquella mochila de donde puede salir un sapo ú otra sabandija para alojarse en sus entrañas: De aquí la desabrida y tímida afabilidad con que se tratan; con que se tratan, digo, y no con que se hablan; porque á no saber ambos algo de español, no pasa la entrevista de una curiosa pantomima. En tal lance son armas vedadas sus respectivos idiomas, pues en nada se parecen sino en lo que les falta, como es el carecer del verbo Ser. *Nas mi pebo* (Yo tu amigo) sin el verbo, dice el Arhuaco entre dientes al Goajiro; y éste á aquél: *Pu tanajute taya* (Tu amigo yo), también sin verbo, y sin aquella arrogancia de que hace alarde en otras ocasiones. No nos parece inoportuno hacer notar aquí que la lengua Goajira carece absolutamente de *b*, *l* y que son muy frecuentes en ella la *p* y la *ere*; mientras que en la Köggaba son muy usadas las dos primeras letras, y pronunciadas con la mayor blandura, en tanto que las dos últimas se encuentran empleadas rara vez. Difícil, por no decir imposible, es hacer que un Goajiro pronuncie una *l* en palabra castellana; siempre la convierte en *ere*; y no menos difícil que un Köggaba pronuncie una *ere* ó siquiera *ere* inicial de sílaba, pues la transforma en *l*, Lana, por ejemplo, se vuelve *jrána* en boca del Goajiro; y Rana, se trueca en *lána* en la del Köggaba. La *s* de la lengua goajira es casi siempre fuerte, como el soplo de la impetuosa brisa que en la mayor parte del año azota á la península Goajira; mientras que la *s* de la lengua Köggaba es sumamente suave, como el aura que suspira entre las cañadas perennemente verdes de la Sierra. *Zuzabánka* (pronunciada muy suavemente la *z* como en *gazon* del francés), dice el Köggaba al contemplar el arco iris suspendido por la tarde entre dos cerros, como una puerta que da al cielo; y *Kassipóroin* (pronunciada la doble *ss* fuertemente), dice el Goajiro al verlo en la mañana brillando sobre el mar. ¿Acaso propondrá esa oposición de suavidad y fortaleza en los sonidos del lenguaje, en parte por lo menos, del opuesto carácter de estas tribus; y la diferencia de carácter del terreno y atmósfera en que viven?

Partiendo de San Antonio hácia el oriente, y trasmontando el Plateado (cerro que toma nombre de su argentado aspecto), y un laberinto de ramales, como lo hicimos en 1876, se cae en la parte de la Nevada donde, á distancias casi iguales y de norte á sud, se encuentran los tres pueblos de indígenas —Marocasa, Rosario y Atánquez— que tienen su natural entrada por San Juan de Cesar, distante de ellos respectivamente 4, 2 y 3 miriámetros.

Sonrie Marocasa á orillas del río Ranchería, en un fértil vallecillo estrechado por dos ramales —Macheteado y Cuchilla de agua fría— que le quedan, aquél al norte y éste al sud. Como cien indígenas y unas dos ó tres docenas de civilizados mal acomodados en veinte ó treinta pares de casitas (que también aquí son dobles las habitaciones), y una pequeña iglesia, es todo lo que se encuentra en la planta de este pueblo elevado á 2,000 pies. Atravesando el río y á pocos metros de

distancia, se tropieza con una de las mas raras petrificaciones que pueden idearse, por razón del trance terrible que revela, cual es encontrarse un hombre junto á un tigre. Es una laja que estuvo largo tiempo cubierta por la arena; pero que, gracias á las lluvias, y de nuevo descubriéndose y presentando las huellas de un hombre, las de un tigre y las de un perro: las de aquél, que iba huyendo de la fiera y que al fin cayó de bruces, pues además de las huellas de los pies se nota la estampa de las manos, y á un lado varios círculos concéntricos que parecen producidos por alguna sogá enroscada que llevara al brazo. De esto, y de llevar los pies descalzos, se deduce que era algún vaquero. Las huellas del tigre están alrededor de las del hombre, y lo mismo las del perro que debió de perseguir á la fiera en defensa de su amo. En otro país ya ocuparía esta curiosa petrificación su lugar en un museo.

Si de lo anterior podemos dar testimonio, por que lo hemos visto, no sucede otro tanto con la especie que corre entre los indígenas de que en la inexplorada cima del cerro nombrado Cuchilla de agua fría, se veía antiguamente un mástil de bajel. Sea de esto lo que fuere, induce por lo menos á pensar que acaso hay en ello una reminiscencia del Diluvio.

Al sudoeste de Marocasa y como á distancia de dos miriámetros, se encuentra el pueblo del Rosario, graciosamente engastado entre cuatro colinas que ocupan sus cuatro puntos cardinales, dejando abiertas otras tantas sendas por sus ángulos que dan entrada á aquel encantador vergel. Dos arroyuelos y el río Cesar, enguinaldado de laureles, guayabos, limoneros y pacaes, lo ciñen por tres lados. Aquí no hay doble casa para la familia, como en los pueblos que hemos recorrido; sinembargo, consérvase esa práctica en las posesiones rurales.

Aun no está determinada la altura de este pueblo; pero debe ser menor que la de Marocasa, á juzgar por la temperatura que es un poco mas cálida, sin dejar de ser muy sana y agradable. En estos dos pueblos se habla una misma lengua —la Guamaka— de la cual hemos dado muestras en un apéndice á la Gramática goajira, y ahora las damos mas extensas en el apéndice de ésta. Habrá como 100 indígenas y unas seis ú ocho familias de civilizados; pero en las fiestas se llena el pueblecito de personas que vienen de San Juan de Cesar y sus contornos, ora á divertirse, ora á pagar promesas á la Virgen del Rosario, trayéndole ex-votos de oro y plata. Aquí, como en todos los pueblos de la Nevada, se observa la separación de sexos en la iglesia, pero no en los bailes: éstos, bajo el nombre genérico de *Funfun*, se dividen en varias clases según las pantomimas de que los acompañan. Comenzaremos por la *Subida al cielo*. Para este baile se toman de las manos hombres y mujeres, formando un círculo cuyo centro es ocupado por los músicos que tocan los carrizos. Después de dar la rueda algunas vueltas á izquierda y á derecha, cantando todos y batiendo las plantas á compás, se ensancha el círculo á lo que den los brazos, y luégo marchan todos hacia el centro, hasta golpear con los puños á los músicos si lo permite el número de los danzantes. Estas evoluciones se repiten hasta que termina el baile con una salva de alaridos. El *Toro*, *el Tigre*, *el Gallinazo*, *la Culebra*, *el Mico* son danzas en que se disfrazan

los indios bajo la apariencia de estos animales, y al s6n de los carrizos, escarban, mugen, rugen, vuelan 6 la presa, se enroscan y se arrastran cual serpientes, hacen en fin, como micos, mil monadas entre los aplausos y risotadas de los espectadores. Tambi6n tienen el supersticioso baile de la Cansamaría que es com6n 6 todos los pueblos de la Sierra.

AquÍ en el Rosario tuvimos ocasi6n de observar hace algunos a6os, una creencia y una pr6ctica 6 que hace alusi6n Cesar Cantú hablando de ciertas tribus de los *Daias*. "Durante los eclipses, que denominan con un vocablo sanscrito *graana*, creen, dice Cantú, que un drag6n llamado *Raou* (voz igualmente sanscrita) devora 6 la luna, y para espantarlo hacen un ruido estruendoso, absolutamente como los Chinos". Y estando yo entregado al sue6o me desperté sorprendido con el estruendo de una desatentada vocería que era reproducida por los ecos de las colinas del contorno. Salgo 6 la plaza, miro hogueras ardiendo al rededor sobre todas las colinas; y 6 su resplandor y 6 manera de fantasmas, veo un gran n6mero de indios que atizaban las hogueras al mismo tiempo que gritaban: *Zagam6ru Yingái! Zagam6ru Yingái!* ¿Qué es esto? pregunté 6 una indÍgena ladina que 6 la saz6n se me acerc6. "Pues que ha de ser, me contest6, sino que el diablo est6 comi6ndose 6 la luna, que eso quieren decir esas palabras *Zagam6ru Yingái* que est6 escuchando". Entonces le pedÍ que me explicara aquello, y me dijo que los indios creÍan (quizás ella tambi6n) que el eclipse era una especie de pelea entre el diablo y la luna; que aquel trataba de tragarse 6 ésta, y que si llegara el caso de com6rsela toda, se acabaría el mundo; que aquellos gritos eran como para espantar al diablo, y aquellas candeladas, para restituir 6 la luna la luz que iba perdiendo en la pelea.

Llama la atenci6n en el Rosario la *Piedra de la escalera* que toma nombre de su forma. Es una enorme roca en figura de trapecio, midiendo como ocho metros de alto y diez de largo. Por el respaldo es enteramente lisa; pero por el frente ofrece 6 la vista una serie de escalones desde la base hasta la cima, por donde puede subirse f6cilmente, y que han sido formados probablemente por las aguas del Cesar en cuyo medio se levanta. Antiguamente debió de correr el rÍo por encima de ella, formando remanso en el peque6o llano endonde ahora se halla el pueblo, que est6 poco m6s 6 menos 6 la altura de su cima. Quizás no serÍa difÍcil averiguar los siglos que ha empleado el agua para bajar al nivel por donde corre ahora, calculando el tiempo que ha necesitado para labrar cada uno de los escalones en la roca.

Hay tambi6n, 6 algunos tres mil pasos del Rosario, un bellÍsimo lugar llamado *Divinakáriga* —Tierra divina— en donde se levanta una piedra grande en forma de pirámide, venerada de los indios por que representa 6 un personaje, cuyo nombre no recuerdo, que viniendo de viaje, ya cansado y no pudiendo seguir, se transform6 en aquella piedra. Esto nos recuerda la pr6ctica supersticiosa que hay entre los indios de echar como ofrenda en ciertas piedras de los caminos que trajinan, hojas 6 pedrezuelas para librarse del cansancio.

Del Rosario 6 San Isidro de Atánquez habr6 que tres miriámetros; pero de camino no muy malo y con perspectivas hermosÍsimas,

entre otras las que ofrecen Periquillo y la Despensa, lugares excelentes para la cría.

Alineadas parte de las casas en una pequeña meseta, parte regadas en gracioso desorden sobre los altibajos de una loma, y corriendo por en medio del poblado una faja de verdura formada de pequeños guineales á orillas del arroyuelo Zapotukua, presenta Atánquez á 2,800 pies de altura, un vistoso panorama, realizado con los diversos cerros que á manera de pirámides se elevan hacia el norte y el oeste, dejando franco el lado oriente, por donde se contempla el sol desde que asoma al horizonte. Es este pueblo el asiento de las autoridades principales del Territorio Nacional, y entre todos los pueblos de la Nevada el más poblado, menos ignorante y mas trabajador. Además de los indígenas de pura raza, hay muchos mestizos y un considerable número de civilizados, con cuyo contacto van los indios adquiriendo nuevas costumbres (no diré que todas buenas) y perdiendo las antiguas. Pocas son ya las indias que visten la primitiva manta, y muchos los indios que en los domingos y fiestas del Patrono San Isidro, se presentan vestidos del todo á la española, desde la cabeza hasta los pies, aprisionados éstos con las medias y botines, y no libre en aquella la melena volando por la espalda, sino recortada, ungida con pomada y prensada por el peine. Ni le falta en la boca su cigarro, llameado con donaire, en lugar del hayo y el poporo, que ya solo se ven en las manos de los viejos, como una cáustica protesta contra la intrusión de costumbres que no conocieron sus mayores.

Fuera del *Funfún* (baile semejante al que se acostumbra en el Rosario), tienen otra danza que se nombra *Marimba*, ejecutada por una sola pareja, hombre y mujer, y al són de un instrumento que lleva el mismo nombre. Es la marimba, un pequeño arco de madera muy dura, cuya cuerda, tirante por extremo, y á manera de angosta y transparente cinta, es hecha de las fibras de una especie de palma llamada *dócora*. El modo de tocarla es el siguiente: sostenido el arco con la izquierda, de manera que la cuerda pase por dentro de la boca del músico sin que roce con los labios, se hiere el arco con un palillo que maneja la derecha, mientras se lanza á compás la respiración, ampliando ó encogiéndolo los labios para formar diversas notas sumamente melodiosas y tan tenues, que solo estando muy cerca llegan al oído.

En Atánquez se habla una lengua muy semejante á la Guamaka; pero si en tiempo no se fija en algún libro, no pasarán quizás dos generaciones sin que se haya olvidado por completo, pues raro es el joven que la sepa, o por lo menos que la hable, porque se avergüenzan de una lengua que les parece poco de acuerdo con su traje de españoles.

A mayor cúmulo de necesidades personales, ha seguido, como es natural, un mayor ahinco en el trabajo: así es que el Atanquero es laborioso. Produce en su labranza, entre otras cosas, panela y alfandoces (especie de alfeñiques), con el jugo que extrae de sus hermosas cañas, al són estrepitoso del trapiche fabricado por sus manos, y al compás del tardo paso de sus bueyes que saben el oficio á maravilla. En el hogar urbano teje sombreros de palma sin descanso y con maestría. Entretanto, la mujer no se está ociosa: sentada ó caminando, en su casa

ó en la ajena, á la luz del sol ó de la luna, y dado el caso hasta en plena oscuridad, se le ve siempre tejiendo su mochila, cuyas vueltas espirales concluye en menos tiempo que el empleado por la tierra para efectuar una sola de las suyas; lo que quiere decir que teje una mochila cada día, y deja otra comenzada. Cuando no está tejiéndola es por que está preparando el material para tejerla, auxiliada por algún indiecito que, al són de la *carrumba* (instrumento para hilar), va marchando de espaldas y haciendo girar de rato en rato el instrumento. Cualquier gabacho bromeador que visitara á Atánquez podría decir que ha visto un pueblo en donde se camina á *reculons*; pero podría decir también, sin faltar á la verdad, que este pueblo es el llamado á servir de centro á una colonia en la Nevada. En efecto, Atánquez ofrece en primer lugar una temperatura agradable y sumamente sana, sin la molestia de la plaga, pues apenas hay uno ú otro mosquito, y esto solo de día, que durante la noche no hay nada que perturbe el sueño. En segundo lugar, es la residencia de las principales autoridades nacionales del Territorio, que pueden obviar las dificultades que se presenten á los recién venidos. Además no está sino á tres miriámetros de San Juan de Cesar y del Valle de Upar que son lugares de recursos, y porfin colocado sólo á tres ó cuatro horas de camino, de la pintoresca altiplanicie de Guatapuri que extendiéndose á la largo de este río, como pidiendo ganados para sus hermosos pastos, va á terminar en el risueño llano que sirve de planta á la reciente población de San José, á 5,000 pies de elevación, y con una temperatura deliciosa. Este pueblo que apenas cuenta algunas diez ó doce familias, ha sido formado por indigenas de San Miguel que han venido huyendo de las arbitrarias contribuciones con que eran gravados en aquel lugar.

Demos un vuelo con la imaginación á las regiones de un lisonjero porvenir para esta Sierra, y figurémonos que Mr. Gauguet ó cualquier otro extranjero emprendedor y honrado como él, arriba á nuestro puerto de Riohacha, con ocho ó diez familias pobres, pero ricas de honradez y de ilustrada laboriosidad; que temiendo á las fiebres de la costa, se trasladan inmediatamente á San Juan de Cesar, alquilando una ó algunas de las numerosas recuas que regresan diariamente de Riohacha después de haber dejado el cargamento de cueros, de Brasil ó de café en manos del comercio. A cubierto ya de la maligna fiebre que no se conoce por acá sino á orillas del mar, y hecha una más ó menos larga parada en aquella hermosa villa, emprenden marcha para Atánquez, viendo de paso á la Peña, la Junta y Patillal, caseríos en donde hay gran copia de ganados, y principalmente en este último, endonde además encuentran una franca y generosa hospitalidad, pues la de Patillal es proverbial. Aquí hacen su compra de ovejas; de ganado; pero de ganado de Sierra que pasta á veces á una legua de Atánquez, como lo es el del hato *Cercadillo*. De Patillal á Atánquez han hecho el viaje en el tiempo que media entre el desayuno y el almuerzo, vale decir, en cuatro horas. Hânse hospedado en las casas del Gobierno Nacional, ó en las que haga construir el Gobierno para alojar á aquellos honrados Zapadores que vienen desde muy lejos á escalar nuestras montañas para hacerlas producir, ó granos de oro si los hay, ó algo mejor que el oro, ricas mieses. Tras un reposo más ó menos largo,

adquiridos los datos indispensables para evitar trastornos, y alquiladas las bestias necesarias, que no faltan en Atánquez, salen con el sol á hacer su viaje á San José, visitando de paso las sabanas altas de Guatapurí, donde podrán dejar pastando, si quieren, su ganado.

Antes, mucho antes que llegue el sol al meridiano, ya han dividido (después de abrir y cerrar la talanquera que separa el terreno de cría del de labor) han dividido, digo, la risueña llanura endonde piensan hacer alto. Llegan, y, ¡“qué bellas perspectivas! ¡qué agua tan fresca y cristalina! ¡qué aire tan puro y delicioso! ¡qué habitantes tan simpáticos! ¡qué casitas tan graciosas! ¡Oh! ¡quedémonos aquí, quedémonos aquí!” parece que dicen los colonos á una voz; porque esas son las exclamaciones fervorosas y espontáneas que vienen á los labios del viajero impresionable con lo bello y apacible, ante aquella plácida hermosura que pasa por los sentidos hasta el alma.

De San José parten dos caminos, uno que girando al este conduce á un alto y extenso ramal de montaña endonde los indios tienen sus plantaciones de plátano y café. Estará apenas á una legua del poblado; solo de lejos lo conozco, pero por su aspecto y por los informes de personas competentes que lo han visitado, se puede asegurar que es terreno mejor que el de la Sierra Negra de Villanueva para el cultivo de la caña y el café. El otro camino parte al norte en dirección á San Miguel, que dista de San José dos jornadas, y hasta una, si se va con pies de indio. No á mucho andar se llega á las labranzas en que está el cultivo de papas, cebollas, apios y varias plantas medicinales. Aquí se abre campo para cultivar cuanto produce Europa: el trigo, la vid y tántas legumbres que deleitan el paladar del Europeo, y que nosotros apenas de nombre conocemos. Producidas por manos laboriosas, y trasladadas á poca costa á nuestras poblaciones, hallarían un consumo creciente día por día, hasta llegar á compensar suficientemente el sudor derramado en su no difícil producción.

“Quedémonos aquí”, dirán sin duda alguna los colonos; no así nosotros, que hemos emprendido una simple excursión por la Nevada, y que aun no hemos llegado al mejor y mas bello de sus pueblos, que lo es, sin disputa, San Sebastián de Rábago.

Aunque puede irse allá directamente desde Atánquez, la vía mas fácil, ó dirémos mejor, menos difícil, es por el Valle de Upar. De San Sebastián á esta ciudad suelen venir los indios, esforzando el paso, hasta en un día; pero de ésta á aquél se va en dos, pernoctando regularmente en Pueblo Viejo. Es este un llano á considerable altura endonde hubo un pueblo antiguamente y donde se conservan vestigios de un camino que iba á Santa Marta. Es magnífico terreno para el cultivo, pero tiene el inconveniente de la plaga del mosquito que no deja ni siquiera respirar. A poco andar de Pueblo Viejo se llega al pie de “El Chinchicuá,” páramo que levanta su ceñuda y montuosa frente á la altura de 11,000 pies. Apenas explorada la parte baja de este monte, ha dado muestras de que entre sus tupidas arboledas guarda la quina roja, *C. Succiruba*, en abundancia; pero es probable que de 6,000 pies en adelante haya también la *Calisaya* y la *C. officialis*. Exploraciones posteriores resolverán el punto, y entretanto sigamos hasta asomar al portachuelo desde donde se contempla á San Sebas-

tián. ¡Qué encantadora perspectiva! Allá en medio de la espléndida llanura, levantada á 6,700 pies sobre los hombros del gigante, y cubierta de una eterna alfombra de verdura, se divisa el pueblcito con sus grises techos, semejante al jardín de una esmeralda: acá y allá, por donde quiera, lo que llaman *gallineros*, nombre prosáico que no concuerda con la poética belleza que designa. Acerquémonos al primero que nos queda al lado del camino. Una pequeña casa de techo pajizo sustentado por paredes blanqueadas con una greda que compite en blancura con la cal; adherente á la casa, una casuca en donde se recogen á dormir las gallinas, los pavos y los patos con sus respectivas proles: contiguo está el redil, vacío por el momento, por que las numerosas ovejas con sus hijos se ven blanqueando, en la colina donde pastan, como las espumantes olas de un mar arborotado; vallado de por medio está el corral en donde braman cuatro á seis rollizos becerros que, por entre las rendijas de la cerca, divisan á sus madres despuntando y rumiando suave y engordadora grama sobre el llano, ó berros dentro el río que corre promediando la sabana con tan tenue rumor que es necesario estar á su orilla para oirlo. De él, en raros casos por que el riego es casi innecesario, se desprende un hilo de agua para regar lo que nos falta por nombrar del gallinero —la labranza, el huerto, ó diremos mejor, el Paraiso; que no otra cosa parece á quien lo mira por primera vez. Cercada no de estacas sino de pionjes ó bucares que elevan á un nivel sus redondeadas copas siempre verdes, ofrécese á la vista una pequeña área de feraz terreno, dividida en varios tramos, cada uno de los cuales dá al dueño su ciento por uno, á su debido tiempo, y al que pasa por allí, primicias que en nada menoscaban los derechos del laborioso propietario: las primicias de sus olores y matices. Acá el arracachal con su verdor lustroso; allá la éra de cebollas ó *ajos porros*, formados en hileras como los soldados de un ejército, y al lado el hinojal ya en completa florescencia, flanqueado, á su vez, por el cuadro en donde verdean graciosamente confundidas, la borraja, el eneldo, la chicoria dentro de un cerco de fragante yerbabuena. Acá y allá, cual centinelas avanzadas, una media docena de lo que llaman manzanos, por otro nombre lúcumas; y porfin, en medio de todo y dominando todos los olores con su olor, y todos los colores con el oro de sus flores, se ve la manzanilla que se dá espontáneamente. Aquí se cultivó el trigo antiguamente como lo indica D. Nicolás de la Rosa en su Floresta.

Pasemos ahora al pueblo. Está rodeado de murallas, pero no para ponerse á cubierto de una toma, sino para impedir que los bueyes, asnos y caballos perjudiquen á la esmerada limpieza de la plaza y de las calles; limpieza que admira entre gentes que tan poco la acostumburan en sus propias personas y en el interior de sus habitaciones. Estas, sino recuerdo mal (pues hace muchos años que visité aquel pueblo, no son dobles como en San Antonio y San Miguel, pero del mismo aspecto, y con un poco más de abrigo porque á 6,700 pies ya el frío es más exigente. La iglesia, en que se venera la imagen de San Sebastián, se abre puntualmente los domingos, no para decir misa, pues el cura del Valle de Upar que está encargado de ella rara vez puede venir, sino para rezar la doctrina jóvenes y viejos, encabezados por un indígena que sabe sus primeros rudimentos.

Fuera de uno que otro civilizado, la población de San Sebastián es toda indígena; pero ¡qué indios aquellos tan esbeltos! Cualquiera diría al verlos que no son de la raza rechoncha de los Kóggabas. Hablan una lengua que llamaremos Bintukua, porque tal es el nombre que se dá á estos indios por los civilizados. Según hemos podido juzgar por los escasos elementos que de ella hemos recogido y que van en el apéndice, tienen sus semejanzas y sus notables diferencias con la Kóggaba. En cuanto á semejanzas, véase adelante lo que decimos sobre la numeración; y por lo que hace á diferencias, pondremos algunos ejemplos.

BINTUKUA	KÖGGABA	ESPAÑOL
<i>Yúnaka</i>	<i>Pébo</i>	Amigo
<i>Ye</i>	<i>Ni</i>	Agua
<i>Anoné</i>	<i>Allúna</i>	Alma
<i>Bayiri</i>	<i>Guanganzólla</i>	Cuerpo
<i>Utibúna</i>	<i>Nauiéndi</i>	Cielo
<i>Kúriga</i>	<i>Allúnáuba</i>	Cielo (firmamento)

Desde este pueblo, lo mismo que desde San Miguel, se puede subir á la perpetua nieve sin gran dificultad. En 1876 nos propusimos efectuarlo; pero á poco de haber salido de San Sebastián tuvimos que regresar, porque los dos indios que nos servían de guías se embriagaron de tal modo, con licor que llevaban á escondidas, que hubo que dejarlos tendidos en el camino hasta que un fuerte aguacero les desvaneció los humos, ó la *juma* como dicen ellos. Dos ó tres días después se nos ofreció un incidente en que pudo peligrar la vida. Como á las once de la noche, y estando yo durmiendo, se abrió de repente la puerta con gran ruido: al despestar y abrir los ojos vi en el suelo un reguero de chispas de fuego, y en medio de ellas á mi compañero gritando: "¡qué nos matan"! Y en efecto, tal hubiera sucedido á no cerrar la puerta y ponernos los dos con muestras pocas fuerzas y las que nos dió el temor, á sujetarla contra el empuje exterior que hacían los indios en medio de una desatentada vocería. Viendo ellos que no podían abrir la puerta, se dieron á incendiar la casa con los tizones encendidos que traían por armas las mujeres. Afortunadamente la paja del techo estaba húmeda. Casi vencidas nuestras fuerzas, se me ocurrió amarrar la puerta con un lazo de cerda que tenía colgado de un agujero para servir de cerradura; pero al meter la mano por la ancha rendija que había entre el estante y la pared para volver el lazo, un indio me descargó una cuchillada, hiriéndome la mano. Entonces comprendí todo el peligro; y lo inminente mismo de él, me dió serenidad para pensar en lo cobarde de los indios y en el miedo que tienen á las armas de fuego; y con una voz que procuré fuera aterradora, grité á mi compañero que me trajera una pistola (y no teníamos ninguna) para matar un indio. A esta voz amenazante, cesó el empuje de la puerta y quedó despejado y por nuestro todo el campo. Salimos, dimos voces, y ocurrieron á ellas D. Pedro Castro y Jesús Triana, quienes después de ligarme la herida, oyeron la relación que les hice de la defensa en la refriega, y la que nos hizo el compañero, de los antecedentes que la motivaron. Había

llevado yo una gran botella de anizado para regalar traguitos á los indios que fueran á visitarnos. Aun estaba casi media en aquella noche memorable, y el compañero, que aunque viejo era aficionado al vaso y á ver bailes, en oyendo el són de los corrizos, se levantó calladito y se fué al baile, no sin llevar consigo la botella para obsequiar á los amigos. Pero, como él mismo lo confesó, al dar, también *tomaba*; y he aquí que cuando menos lo pensaba, trabó de palabras con un indio, y le rompió la botella, ya vacía, en la cabeza. A una se le fueron encima indios é indias, armadas éstas con tizones, y aquellos con lo mismo, y con los cuchillos y machetes de trabajar que se les vinieron á las manos. En tal aprieto no encontró mas salida que correr, y así lo hizo. Aunque era medio cojo de una vieja lesión, prestóle alas el miedo, y pudo llegar á la casa armado de un tizón que le arrojó una india en la carrera, y que después de darle de soslayo en las costillas se le vino á las manos de rebote.

El día siguiente era el de nuestra partida, y cuando estaba todo listo para el viaje me encuentro con que no parece el compañero: salgo á buscarlo con algo de ansiedad, y me dicen que está preso. Voy á la puerta de la cárcel, toco y llamo al preso ó prisionero, quien acercándose y asomando la cara, un tanto compungida, por entre la rendija, me dice que está detenido por que habiendo ido á demandar á un indio por algo que le debía, le manifestó el que servía de Regidor que no podía oírle en justicia mientras no se le castigara por el alboroto á que había dado lugar en la noche. Toqué como D. Pedro de Castro para que obtuviera del Regidor la libertad del detenido, quien no solo dispensó gracia sino también justicia, haciendo que el indio deudor pagara á mi compañero lo que le debía.

Innecesario es decir que San Sebastián sería el lugar mas adecuado para formar una colonia sino fuera por la distancia á que está de los puertos de Riohacha y Santa Marta, que no es menos de cuatro ó cinco días de camino.

De la parte occidental de la Nevada casi nada podemos decir, por que de ella no hemos visitado sino la hacienda de Minca, distante de Santa Marta medio día de camino, y donde se produce quizá el mejor café de toda la República. Hacia esta parte de la Nevada parece que fué donde habitó la renombrada tribu de los Taironas, ya extinguida, á no ser que hayan sobrevivido mezclados con los Chimilas, como lo sospechaba D. Antonio Julián, quien dice en su Floresta: “Yo, considerando que el Chimila, o presentemente ocupa, ó por lo menos, dirélo así, como Pedro por su casa, entra, y gira libremente por las tierras de los antiguos Taironas nunca conquistados, voy consintiendo en que viéndose estas dos Naciones del centro de la Provincia apretadas, y rodeadas de los Españoles, se unieron, y quedaron en el centro despóticas y bárbaras, y de Taironas y Chimilas se componga la Nación llamada hoy de los Chimilas; por que ni creo que absolutamente por sí misma se haya extinguido una Nación tan numerosa y dominante como la de los Taironas, ni que hubiera podido quedarse así sin conquista ni reducción el Chimila, si no hubiera tenido, con la unión y alianza, el apoyo y defensa de los indios Taironas”. Sea de esto lo que fuere, los que conservan el nombre de Chimilas están reducidos

á muy escaso número, trocada en pacífica su índole guerrera, reunidos casi al pie de las faldas de la Sierra y á orillas del río Ariguani. Dos de ellos vinieron á hacernos una visita en Santa Marta, hace algunos años, y de sus labios pudimos obtener las palabras de la lengua Chimila que figuran en el Suplemento entre las de la Bintukua y Guamaka.

Llama la atención en esta lengua lo que en casi todas las palabras hay vocales repetidas, lo que hace que el Chimila pronuncie con mucha lentitud: *Onsoouaará*, barba; 2o. que tiene *ere* líquida, lo que no sucede en ninguna de las lenguas de la Nevada; 3o. y lo que es mas particular, que la *m* es licuante con la *ere* líquida, como sucede en el idioma Zend, según puede verse en la "Gramática Comparada" de Bopp, t. I, pág. 112 de la traducción de Bréal. En Chimila, *mrué* es grano; *mraamrá*, corriente del río; *rummrué* (pronunciada *ere* la primera letra), es olla. La lengua Taensa en Luisiana también tiene esta particularidad, según hemos podido ver en la Gramática de J. D. Haumonté Parisot. Ej.: *Mrahha*, libertino; *Mrawó*, habitual, ser ordinario.

Cuanto á sistema de numeración, apenas hemos podido conocer hasta el seis, así:

- | | |
|-------------------|-------------------------------|
| 1. <i>Kuté.</i> | 4. <i>Murieieé.</i> |
| 2. <i>Mujná.</i> | 5. <i>Kutendeurejattakrá.</i> |
| 3. <i>Teiéme.</i> | 6. <i>Neiemujnajattakrá.</i> |

Parece que su sistema de numeración es cuaternario, pues cinco es *Kutendeurejattakrá*, formado de *Kuté*, uno, y de *Aattakrá*, mano, como si dijeran, "un dedo, ó el último dedo de la mano"; y seis, *Neiemujnajattakrá*, compuesto de *Mujná*, dos, y de *Aattakrá*, mano.

Hemos recorrido todos los pueblos de la Nevada, y al computar el reducido número de habitantes indígenas que aparecen de los datos aproximados que hemos recogido, se nos ocurre, esta pregunta: ¿por qué no se aumentan estas tribus, y antes van disminuyendo? No se debe por cierto al temperamento, pues el de toda la Nevada es muy salubre: tampoco á los estragos de la guerra, por que no han tenido otra después de la que sostuvieron en la conquista; y aunque se ha abultado mucho el número de los que en ella perecieron, con solo algunos que hubieran quedado habría sido bastante para que hubiera mayor población de la que hay, en cerca de cuatro siglos que han pasado. Menos al hambre, por que el Arhuaco si peca, es por hartura. ¿Deberáse á la alimentación? No lo creemos, porque aunque es ella en su mayor parte vegetal, con frecuencia toman leche exquisita, y de vez en cuando comen carne. Por otra parte, la yuca, el plátano, la papa, la arracha, el ñame, los frísoles, la caña y el maiz, que constituyen sus variados alimentos, no nos parecen inferiores al arroz con que se nutren el Chino y el Hindú, y ya se sabe cómo aumentan éstos. No puede asignarse como causa el desabrigo, porque sus vestidos son de algodón y sumamente gruesos, y sus casas bien cubiertas. ¿Provenrá de algún vicio moral? Si existe lo ignoramos; sólo sabemos que raro es el indio que no contraiga matrimonio desde joven. ¿Será acaso que

existe algun vicio propio de la raza? Pero ¿cómo se explica entonces la numerosa procreación anterior á la conquista? Por otra parte, la semejanza de estos indios con los habitantes de la India y de la China induce á sospechar que se originan de éstos ó de aquellos; y en todo caso, sabida es la virtud prolífica en aquellos países.

Señalaremos una causa que, si de cierto no es la única, nos parece ser la principal de las que impiden el desarrollo de la población entre los indios: el indiscreto uso que hace el Arhuaco, esté en salud ó enfermo, del baño y del fogón. En salud, se levanta muy temprano, y, como es natural en aquellos altos lugares, siente frío: para contrarrestarlo casi se mete dentro del fogón, hasta que se siente acalorado: entonces, y sin mas intermisión que los momentos que emplea en ir al río ó arroyo que tiene siempre cerca de la casa, se mete en aquella agua helada á darse un baño; y así que sale de él tiritando de frío, vuelve al fogón á calentarse, para retornar al baño tres ó cuatro veces en el día y á volver á calentarse. Esta repentina transición del calor al frío y de éste á aquél, les ocasiona con frecuencia fuertes catarros que paran por lo regular en pleuresías ó dolores de costado, enfermedad de que mueren casi todos ellos. Raro es el Arhuaco, niño ó viejo, hombre ó mujer, que no sufra de tos, y a quien no le suene el pecho, cuando tose, de una manera sospechosa. Pero sea pleuresía, sea otra enfermedad la que esté el enfermo padeciendo, no le faltarán los dos remedios —baño y fogón— alternativamente: cuando le entra el frío de la fiebre, se calienta; y cuando viene el estado de calor, se baña.

A este repetido caldear y enfriar no resistiría ni el bronce, cuánto menos una constitución endeble como es la de estos indios.

Ya que hemos hablado de la principal causa de su mortalidad, diremos algo acerca del modo como son sepultados. A poco de morir un Arhuaco, en vez de estirar el cadáver, lo ponen en cuclillas; de grado, si está aun blando y flexible; por fuerza, si ya ha adquirido su natural rigidez. Así sentado lo acomodan en el hoyo, hecho en el cementerio ó, lo que es más frecuente, en la cima de alguna colina poco frecuentada. Con el muerto entierran parte del ajuar que usaba en vida, principalmente las mochilas con el hayo, el ambrío y el poporo; también algunas joyas si era rico, y una totuma de comida con su correspondiente calabazo de agua para que se mantenga el muerto mientras se le va el alma; lo que se sabe, según ellos, por una cuerda que ponen cual conductor del aire, de las narices del difunto á la parte exterior de la fosa. Cuando la cuerda se revienta y que es mas tarde ó mas temprano según que llueve poco ó mucho, es señal de que ya el alma se le fue. Hablando D. Antonio Julián en su Perla de América, de lo que se encuentra en las tumbas de estos indios, dice: "Tuve en Santa Marta el gusto de ver, y tener en las manos algunas de las piezas, ó alhajos de estos sepulcros, y me las mostró cierto caballero que las había encontrado. Eran dos leoncitos de oro, y dos columnitas de mármol blanco, pero con algunas manchas de jaspe. No extrañe tanto la materia cuanto la forma de los leones y columnas: todo tan bien formado, todo labrado con tanto primor y finura, que no podía salir á mi parecer, ni leones, ni columnas con mayor perfección de las manos de un artífice Europeo. Los leoncitos serían como de una libra cada uno".

De la anterior reseña de la Nevada (á la que servirá de mero suplemento una Oda, — “Vida del Arhuaco”), pasemos á lo demás contenido en este libro, que es, por su orden, lo siguiente: Elementos de Gramática; Catecismos Dogmático é Histórico, precedidos de una aprobación dada por el illmo Señor Obispo de Santa Marta á dichos Catecismos; Padre nuestro, Ave María, Salve, Credo y Mandamientos; dos vocabularios, todo de la lengua Kögga-ba; y por fin un Suplemento de palabras de las lenguas Guamaka, Chimila y Bintukua.

Gramática.— Como preliminar de ella hemos puesto las reglas de pronunciación, valiéndonos de *o, ü* alemanas; *h, sh, th* inglesas; *j, z* francesas y *ll* italiana, para representar sonidos idénticos á los que aquellas letras representan en dichos idiomas; y también de *iñ, uñ*, para representar los sonidos de *i, u*, enteramente nasales, y de *rh* para la *ere* final de sílaba que se pronuncia con una aspiración fuerte de *h* inglesa después del sonido de *ere*. Los demás sonidos van representados con las letras del castellano, porque son iguales á los de esta lengua. Hemos puesto á continuación de cada letra tres ó mas palabras como ejemplos (aunque van también en los vocabularios), para hacer notar de antemano las combinaciones silábicas en que entran ó no.

Catecismos.— Ambos son muy reducidos, pero contienen lo más sustancial de la doctrina: el Dogmático dá á conocer los misterios de Dios Trino y Uno, de la Encarnación, Redención y Eucaristía; y también los dogmas de la existencia de la Iglesia, del Cielo, Purgatorio é Infierno, y otras verdades: el Histórico dá á conocer la creación con sus principales pormenores, el origen del pecado y la esperanza de la Redención.

Padre nuestro, etc.— Lo hemos puesto en dos formas: en la de pequeñas frases, en construcción directa y con la traducción en frente, para que se puedan conocer con facilidad las palabras que se corresponden; y luego todo seguido, tal como se ha de recitar.

Vocabularios.— El Kögga-ba-Español difiere del Español-Kögga-ba, en que los verbos en aquél van seguidos de las terminaciones con que se forma el participio y el imperativo; y además en el infinitivo, que es la forma del verbo que va escrita, se hace notar, por medio de la diferencia de caracteres, la parte final de él, que ha de suprimirse para formar el participio y el imperativo.

Suplemento.— En el se observará que no todas las palabras de las tres lenguas se corresponden; esto se debe á que ellas han sido recogidas en diferentes tiempos y lugares, y sin pensar en que pudieran venir hoy á encontrarse unas frente á otras.

De las cuatro lenguas de que se habla en este libro, la Chimila parece que no tiene parentesco alguno con las otras, por lo menos próximo. Las demás tienen sus semejanzas y sus notables diferencias. La semejanza es muy marcada en la numeración.

KÖGGABA	GUAMAKA	BINTUKUA
1. <i>Eizua.</i>	<i>Ishkua.</i>	<i>Ingüi.</i>
2. <i>Máujua.</i>	<i>Móa.</i>	<i>Móga.</i>
3. <i>Máigua.</i>	<i>Máigua.</i>	<i>Máikana.</i>
4. <i>Makéuña.</i>	<i>Makégua.</i>	<i>Makéiba.</i>
5. <i>Hachíuña.</i>	<i>Achigua.</i>	<i>Aséba.</i>
6. <i>Taijüña.</i>	<i>Tainnüa.</i>	<i>Chingua.</i>
7. <i>Kúgua.</i>	<i>Kúgua.</i>	<i>Kóga.</i>
8. <i>Ábikua.</i>	<i>Ambigua.</i>	<i>Abéba.</i>
9. <i>Eitakua.</i>	<i>Ihkágua.</i>	<i>Ihkába.</i>
10. <i>Uguá.</i>	<i>Ugua.</i>	<i>Uga.</i>
11. <i>Kazáizua.</i>	<i>Kózo ingüi.</i>	<i>Ingui úga.</i>
12. <i>Kaza máujua.</i>	<i>Kózo móa.</i>	<i>Moga úga.</i>
20. <i>Máujua uguá.</i>	<i>Kózo móa uguá.</i>	

Siguen el sistema decimal, y hasta el diez apenas se notan ligeras diferencias. De diez hasta diez y nueve, difiere la lengua Bintukua de las otras dos, en que se anteponen los dígitos al diez. En la Köggaba y Guamaka al contrario, se posponen, pero no al diez, sino á las palabras *káza*, *kózo* que significan pie; de manera que acabados los dedos de las manos con los dígitos, apelan á los dedos de los pies, diciendo uno, dos del pie, etc. De veinte en adelante no sabemos como cuenta el Bintukua, y en cuanto al Koggaba, deja que el Guamaka siga con el pie, y antepone los dígitos al diez, diciendo: *máujua uguá*, veinte, ó dos dieces; *máigua uguá*, treinta, o tres dieces, hasta noventa que es *Eitakua uguá*. También, tienen los Koggabas otro modo de contar hasta ese número, como se verá en la Gramática.

Fuera de la numeración, en nada que sepamos se parece la lengua del Bintukua á la del Köggaba, talvez por el poco trato que tienen estos indios entre sí, debido á la considerable distancia y lo intransitable de los montañas que se les interponen: No sucede lo mismo entre la Köggaba y la Guamaka que tienen muchas palabras semejantes, debido al frecuente contacto entre los indios que las hablan. Pondremos ejemplos.

KÖGGABA	GUAMAKA	ESPAÑOL
	Pronombres personales	
<i>Nas.</i>	<i>Ra, ó ránji.</i>	Yo.
<i>Ma.</i>	<i>Ma, ó mánji.</i>	Tu.
<i>Alléin.</i>	<i>An, ó ánji.</i>	El.
<i>Násan.</i>	<i>Nabi.</i>	Nosotros.
<i>Máin.</i>	<i>Mábi.</i>	Vosotros.
<i>Kaunjéin.</i>	<i>Ishkana.</i>	Ellos.
	Enfáticos	
<i>Nasgá.</i>	<i>Narrángüi.</i>	Yo mismo.
<i>Mangá.</i>	<i>Mángüi.</i>	Tu mismo.

KÖGGABA	GUAMAKA	ESPAÑOL
	Pronombres posesivos	
Nahí.	Ránji.	Mi.
Mihí.	Mánji.	Tu.
Ahí.	Anji.	Su.
Nauihí.	Nabínji.	Nuestro.
Mimihí.	Mabínji.	Vuestro.
Kauinhí.	Ihkanánji.	Su (de ellos).
KÖGGABA	GUAMAKA	ESPAÑOL
<i>Abi.</i>	<i>Ama.</i>	Sangre.
<i>Abichishiuálla.</i>	<i>Shiuána.</i>	Vena.
<i>Abúchi.</i>	<i>Ambuínchi.</i>	Blanco.
<i>Gárd-la.</i>	<i>Gána.</i>	Pezcueso.
<i>Gokséin.</i>	<i>Gué.</i>	Fuego.
<i>Gúlla.</i>	<i>Gúla.</i>	Brazo.
<i>Gulleshkabéishi.</i>	<i>Gulahkaméshi.</i>	Abrazar.
<i>Hába.</i>	<i>Abu.</i>	Madre.
<i>Hátei.</i>	<i>Ate.</i>	Padre.
<i>Híngula.</i>	<i>Ingúna.</i>	Camino.
<i>Híta.</i>	<i>Ihta.</i>	Frisol.
<i>Huása.</i>	<i>Umza.</i>	Barba.
<i>Húllane.</i>	<i>Una.</i>	Trae.
<i>Hunúkalla.</i>	<i>Ugula.</i>	Labio.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Archivo Diocesano de Santa Marta. "Copia del acta de la reunión que tuvo lugar el 1o. de enero de 1869 sobre las misiones de Riohacha y correspondencia dirigida al señor Obispo José Romero". Tomo III, fols. 68-82. 1869.

Caro, Miguel Antonio. "El darwinismo y las misiones". En: Isaacs, Jorge. *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*. Bogotá: Editorial Iqueima, Biblioteca Popular Colombiana, 1951, pp. 293-35. 1887.

Celedón, Rafael (Pbro.). *Gramática, catecismo i vocabulario de la lengua goajira*. Con una introducción y un apéndice por E. Uricoechea. Collection Linguistique Américane, tome V. Paris: Maisonneuve. 1878.

Celedón, Rafael (Pbro.). *Gramática de la lengua koggaba*. Con vocabularios y catecismos. Bibliotheque Linguistique Américane, tome X. Paris: Maisonneuve. 1886.

Celedón, Rafael (Pbro.). "Gramática goajira". En: Isaacs, Jorge. *Estudio sobre las tribus del Magdalena*. Bogotá: Editorial Iqueima, Biblioteca Popular Colombiana, 1951, pp. 355-389. 1887.

Isaacs, Jorge. *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*. Bogotá: Editorial Iqueima, Biblioteca Popular Colombiana. 1951. (1884).

Valencia, Padre Eugenio de. *Historia de la misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones*. Valencia: Imprenta de Antonio López. 1924.